

Ã©"En el sueÃ±o recordÃ© que habÃ­a soÃ±ado lo mismo la noche anterior
y en muchas noches de los Ãºltimos aÃ±os
y supo que la imagen se habrÃ­a borrado de su memoria al despertar,
porque aquel sueÃ±o recurrente tenÃ­a la virtud de no ser
recordado sino dentro del mismo sueÃ±o. Gabriel GarcÃ­a MÃ¡rquez

Ã

Sam, mientras soy Ã©l, ahora no sÃ©.

TodavÃ­a no la encuentro. Toda ella era lineal; su cuerpo largo estaba lleno de cruces, la boca era una simple lÃ­nea horizontal, paralela a las pequeÃ±as pinceladas de las cejas, en su rostro acomodado entre las rayas doradas de su cabello destacaba la caÃ­da recta de su nariz. ParecÃ­a no tener frÃ­o, pues no usaba mÃ¡s que un jersey a rayas blancas y negras. Enseguida supe que tenÃ­a que seguirla.

Salgo una vez mÃ¡s de la habitaciÃ³n, dejando el cuerpo inerte detrÃ¡s de mÃ­, sobre la cama. Son apenas las once de la noche y casi olvido dÃ³nde estuve la Ãºltima vez. HabÃ­a caras enormes, animales inexistentes y ciudades tan pequeÃ±as que podrÃ­an ser devoradas en una noche; hubo fuego y puntos reventando en el cielo que la multitud, antes de temer, idolatraba. Estuve mirando cada uno de los rostros desfigurados que pasaban frente a mÃ­ y no la encontrÃ©. CaminÃ© entre charcos llenos de diminutas luces hasta que, poco a poco, el color del fuego en el aire se tragÃ³ el pÃ³rpura verdoso del cielo, ese que tanto le encanta a Sam. En un parpadeo retrocedÃ­ cada paso; los animales, las caras, las ciudades y, de pronto, justo antes de amanecer, Sam. â•°

Estoy cansado, cada vez duermo menos, aunque pase la noche con los ojos cerrados. MÃ¡s de dos semanas y no la encuentro por ningÃºn sitio, lo mÃ¡s probable es que ya haya dejado la ciudad. Apenas la recuerdo, es como si su imagen hubiera caÃ­do en un charco y poco a poco va descendiendo hasta parar no sÃ© dÃ³nde. Ayer, mientras caminaba por Central Park, vi a una chica muy parecida, al Ãºltimo recuerdo, por lo menos. Era larga, de rostro afilado y lacio cabello oscuro. IntentÃ© seguirla, pero a mitad del camino un puÃ±ado de lÃ¡grimas, como rocas, me inundÃ³ la cara y me derrumbÃ© ahÃ­, en medio del parque, entre la nieve todavÃ­a humeante. TardÃ© mÃ¡s de una hora en ponerme de pie, todo ese tiempo estuve mirÃ¡ndome desde fuera, hasta que sentÃ­ deseos de correr, con la cara ardiente de llanto y las piernas entumecidas. Lo hice, corrÃ­ hasta el circuito de Broadway, pero no entendÃ­ nada... â•°

Sam y una chica de cabello rubio, en algÃºn lugar.

La noche es mucho mÃ¡s joven que ayer, son las diez y ya he recorrido no sÃ© cuÃ¡ntas avenidas. El sudor se ha marcado alrededor del cuello de la camisa vaquera, las botas me aprietan, parece que no las he usado en aÃ±os, y es cierto, desde hace mucho tiempo Sam dejÃ³ de soÃ±ar con volver al Bar Country de Madrid. Cuando estuve frente a la puerta de madera tallada, y ventanas circulares en la parte superior, no logrÃ© escuchar la mÃºsica dentro, el lugar estaba vacÃ­o... un amplio rectÃ¡ngulo hecho de nada, que de pronto se atiborrÃ³ de gente abrigada que llevaba nieve en las botas. El candil parpadeante de la noche me cegÃ³ cuando creÃ­ ver a lo lejos a la preciosa chica, con el mismo jersey a rayas blancas y negras, mirÃ¡ndome fijamente, como si estuviera detenida a lo lejos. En lo alto, un enorme letrero fosforescente, ilegible, nombraba aquel lugar, llenando mi dÃ©bil mirada con diminutos puntos morados, cegÃ¡ndome todavÃ­a mÃ¡s. ApresurÃ© un paso tras otro, pero aparecieron ante mÃ­ las ventanas, la puerta, las botas, la camisa vaquera, no sÃ© cuÃ¡ntas avenidas, Sam. â•°

Debe estar por aquÃ­, en algÃºn sitio... estoy seguro. No pudo haberse ido tan pronto, pero Â¿si ya lo hizo? No la voy a encontrar, apenas hace dos dÃ­as... no sÃ©, pocos, que la vi ahÃ­, entre la multitud. Con su jersey a rayas, de cualquier color, quÃ© mÃ¡s da, no puede haber muchos, o quizÃ¡ sÃ­... ayer contÃ© doce mientras caminaba en la Quinta Avenida, todas las mujeres tenÃ­an algo de ella, una lÃ­nea en comÃ³n, pero Â¿cuÃ¡l? Y Â¿dÃ³nde estÃ¡ mi tarjeta? QuizÃ¡ la perdÃ­ entre la nieve mientras me ataba las botas... a algo me recuerdan, pero cualquier cosa me recuerda a todo, a todo lo que he olvidado. La ventana, si pudiera verlo todo desde arriba, serÃ­a mÃ¡s sencillo... pero debo salir, seguro que la chica sigue por aquÃ­. El espejo, yo jamÃ¡s he tenido barba y Ã©sta parece la de mi abuelo. No sÃ© dÃ³nde estoy... tengo que olvidar tantas cosas que ya no puedo recordar nada.

Estoy nadando en medio de algas muertas que la marea no logra echar a la arena. â•°

Sam me arrastrÃ³ hasta la vieja cabaÃ±a de su abuelo, en un lugar boscoso de MÃ©xico.

Hace tanto que no soÃ±aba estar aquÃ­, comiendo caramelos de jamaica para olvidar el dolor de las rodillas raspadas, que pensÃ© quedarme con Ã©l por lo menos esta noche. Pero pesaban tanto aquellas lÃ­neas a lo lejos que escapÃ© corriendo por la puerta de la cocina que daba al jardÃ­n trasero. CaminÃ© el resto de la noche, entre pinos y algunas palmeras perdidas de la infancia de Sam en la costa del PacÃ­fico, que seguro habÃ­an llegado aquÃ­ por el recuerdo del sabor a jamaica.

AquÃ­ voy de nuevo; pinos, palmeras, puerta, sangre en las rodillas, caramelos.... El amanecer. Sam. â•°

No puedo levantarme, estoy agotado. Me canso de mantener los ojos cerrados, no existe nada ahí- dentro, no siento más que la putrefacción de algas negras, parece que tengo la cabeza enmarcada de ellas. La ventana, la nieve, las botas manchadas. No sé por qué estoy aquí-.

Sam tirado en la alfombra de la habitación.

Tengo que encontrarla, o no habrá; ningunos caramelos que le curen los párpados. Bajé las escaleras despacio mirando mis pies dentro de unos anticuados zapatos negros, usaba además un pantalón café a cuadros y una camisa amarilla. El viento invernal me golpeó la cara cuando abrió la puerta del hotel que daba a la calle, estaba en California.

Lo supe de inmediato cuando escuché a lo lejos un bajo marcando una línea de sonidos. No sé cuántas averías fueron entonces, pero entré en un recinto atiborrado de personas que cantaban una letra que Sam había olvidado hacerla a años. Detrás de mí, un ancho cartel borroso gritaba el nombre del grupo, ante mis ojos no había letras legibles, apenas una fecha que, sin descifrarla, supe que se trataba de muchos años antes de que Sam naciera.

Logré caminar entre todos ellos, mirando una figura elevada entre la multitud, que golpeaba un pandero con las fuertes líneas de sus dedos. Ahí- estaba, a lo lejos, sobre el escenario de madera, con un pantalón a rayas guardando el par de columnas delgadas que eran sus piernas. Era ella, toda líneas. La misma que me había traído hasta aquí-, la que Sam no logró encontrar, pues en aquel plano mundano no existe... ya no.

Esta escena Sam la había visto un millón de veces en la cabaña de México, comiendo caramelos de jamaica frente al televisor. Era el concierto de una vieja banda de los años sesenta que solía gustarle a su abuelo. Hace tiempo, mientras caminaba en el Circuito de Broadway, Sam vio a lo lejos, entre la multitud, una pantalla dentro de un aparador reproduciendo el mismo concierto y yo recordé lo mucho que nos impresionó su belleza, cuando Sam tenía siete años.

Yo también olvido lo que Sam recuerda, y viceversa. Mi cuerpo supraterrrestre está hecho de las memorias perdidas, hasta que logran salir a la superficie y me deshago de ellas.

Me acerqué lo más que pude y no le quité la mirada de encima a la chica del pandero. Bebí whisky barato hasta que terminó el concierto, y logré sobornar a un guardia para que me dejara pasar tras bambalinas. La vi un momento, tan cerca de mí- que pude sentir la estática de la televisión del abuelo punzándome el rostro. Dijo algo y me dio su bolso, pero eso ya no tiene importancia.

Todo me da vueltas. Le doy un trago largo a la botella con agua que llevo en el bolso desde que terminó el concierto de esa vieja banda de los sesenta. Como puedo me incorporo y empiezo a caminar hacia el hotel. Ya está amaneciendo, seguramente cuando llegue a la habitación 304 ya estará el sol pegándome en la cara. Odio llegar de día a mi cama,* porque cuando Sam despierte, este bolso habrá desaparecido y se dará cuenta de que ha estado persiguiendo a una chica que dejó de existir hace muchos años.

Â

*El fragmento en cursivas se tomó del cuento «Radiohead», de Lorena Ortiz, publicado en Luvina 90, pp. 53-58